

# A propósito de los pseudónimos

Patricia Montero

**N**O puedo quejarme. ¡Lo sabía, lo sabía! Sabía que ese maravilloso loco que dirige el boletín acabaría llevándome al huerto. Logró convencerme para que escribiera, para que saliera del tedio de la responsabilidad familiar. El trato consistía en escribir para que él escribiera. Los resultados: ejercicio freudiano de vanidad para saber si realmente soy quien realmente soy o si, por el contrario, saber si no soy yo y soy, digamos, la otra parte de quien dicen que soy. ¡Vaya lío!

De ser cierta la afirmación, sería la autora de la novela inédita *95 lobos*, que habría escrito con el pseudónimo de Pablo Torres; pero también sería la autora de *Trece cuentos y una nana inconclusa*, esta vez con el nombre de Patricia Montero. Y en el colmo del disparate estaría en su/mi novela —inédita y no finalizada— *El cuplé de la geisa*. Porque realmente ya no sé si soy Pablo Montero o Patricia Torres. Y encima tengo que dar fe de vida, justificar que Patricia Montero es Patricia Montero. Posiblemente todo se aclare cuando Pablo Torres publique sus inéditos y no tenga más remedio que presentarme «en sociedad».

Quiere convencerme, pretende que sea algo vistoso. Incluso pretende elegir mi vestuario. Si le hago caso llevaré una ceñida minifalda y una camisa vaporosa: pelo suelto, sonrisa puesta. Todos saldrán convencidos de una inexistente relación amorosa, pasional, intensa. Porque no desfallece y siempre se embarca en imposible (¿imposibles?). Y quisiera describirle como ya lo hiciera otra Montero: «Borja es así, entrañable, díscolo, tímido y hasta un poco violento. Borja es tierno. Todo su cuerpo emana ternura para envolverte como un tul: suave y firme. Hombre y niño, imprevisible, inconsciente, individualista, a veces inseguro, siempre sorprendente».

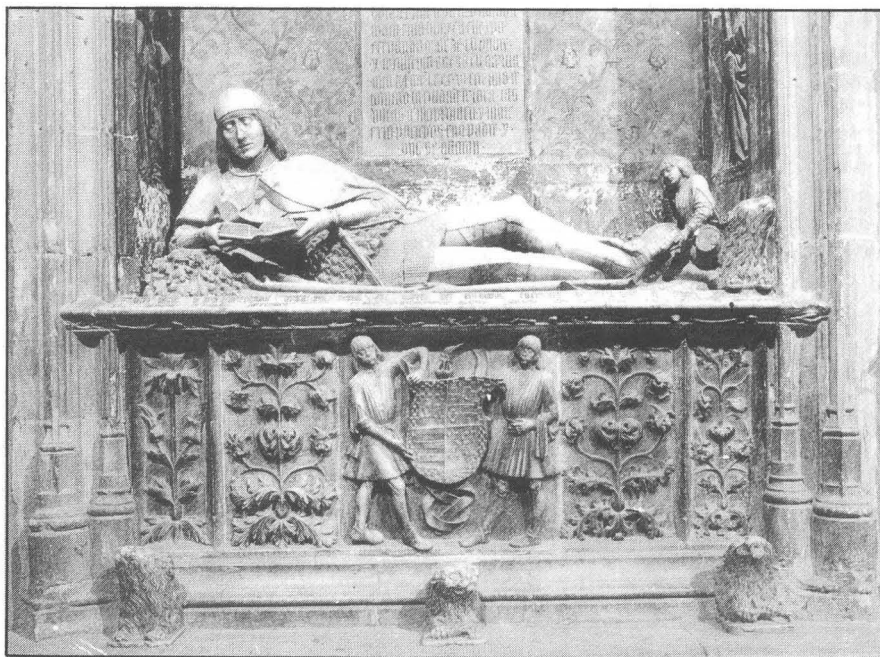
Quiero insultarle y acabo en alabanzas. Es superior a mis fuerzas, es mi debilidad. Me costará disgustos o incluso el matrimonio. En el fondo, y en la forma, lo desea. Es otro de sus imposibles.

Caradura, tramposo y marrullero recurrirá a mil argucias para demostrar lo indemostrable, para afirmar la más pura negación. Es un cínico, un posesivo que te da su amis-

tad, siempre generosa, si por él eres capaz de implicarte en descabelladas aventuras. Y tiene su pequeño secreto, del que rara vez habla: arma de sus íntimos cuando quieren atormentarle. Se queja, no sin amargura, del exceso de crueldad cuando el asunto es objeto de charla o interesada conversación.

Conocí a este ambaucador de forma accidental. No, no me dijo «Hola, ¿cómo te llamas?». Escuchó el nombre y apellido en una presentación, aledaña a su situación en la sala, y me abordó con descaro, venciendo su fuerte timidez. Habló sin cesar de las mil y unas coincidencias; y días después me prestó su inédita *95 lobos*. Desde entonces, mantenemos una intensa amistad, no exenta de peligros cuando aparecen los deseos.

No puedo seguir, no debo seguir. Tengo que dar fe de vida que soy yo, Patricia Montero, y acabo en él: pesadilla o sueño. Y todo por eso de los pseudónimos, por eso de esconder la identidad.



*P. D.:* El azar o la necesidad me ha guiado a Sigüenza, una increíble villa renacentista. En la catedral, en un rincón están depositados los restos de Martín Vázquez de Arce, el doncel que debe su fama no tanto a su desgraciada muerte, en Granada, cuando luchaba contra los moros, y sí a la magnífica mano anónima del desconocido autor que labró su sepul-

cro. Isabel la Católica pagó la bella obra funeraria que cubre los restos del que fuera su escudero y por el que sentía un especial afecto, poco o mal historiado.

La obra funeraria, realizada en alabastro de las canteras de Jadraque, debe su fama a la perfección de formas, a la multiplicidad de detalles, a los cientos de símbolos y especialmente a la postura del doncel: recostado, con un libro entre las manos. ¡Qué maravilloso monumento al libro, a la lectura! Por contra, un popular poema satírico pone de manifiesto nuestro interés por la lectura: «No hay asombro tal / como en Sigüenza, yo creo. / Un doncel que hace tumbado / lo que pocos ni aún despiertos. / Sabido es que lee un libro, / que se me antoja de versos, / y en esta España iletrada / ieso sí que es un portento!».